

Teoría

# Dialéctica, política de clase y partido en la correspondencia de Marx y Engels

Guillermo Pessoa

*“Durante casi cuarenta años hemos insistido en que la lucha de clases es la fuerza motriz esencial de la historia, y en particular que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado es la máxima palanca de la revolución social moderna: por ello nos es imposible colaborar con gente que desea desterrar del movimiento esta lucha de clases. Cuando se constituyó la Internacional formulamos expresamente el grito de combate: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma. Por ello no podemos colaborar con personas que dicen que los obreros son demasiado incultos para emanciparse por su cuenta y que deben ser liberados por los filántropos burgueses y pequeñoburgueses” (Marx y Engels a Bebel, Bracke y otros, 18-9-1879).*

## Introducción

La intención de este trabajo es ayudar en el proceso educativo de las nuevas generaciones de trabajadores y estudiantes que se acercan al marxismo (apresurémonos a recordar que Marx y Engels se enojarían si no advirtiéramos, al mismo tiempo, que la educación primera se obtiene por la experiencia cotidiana en la lucha de clases).

La mejor manera de lograrlo es ir a los propios textos clásicos, sin que ello impida realizar una necesaria contextualización, dar cuenta de cierto marco histórico, etc. Una veta acaso no suficientemente explorada es la correspondencia de Marx y Engels, entre sí o con terceros. El recorrido por ese vasto arco epistolar nos permitirá abordar tres tópicos que conforman una unidad y que sintetizan principios cardinales del materialismo histórico, a saber: 1) la dia-

léctica y su diferenciación y crítica con el materialismo vulgar y determinados idealismos decimonónicos; 2) la lucha permanente y sistemática contra aquellos a quienes Marx y Engels denominaban “revolucionarios arrogantes, sean éstos anarquistas y/o socialistas estatistas”, y 3) demostrar que ambos pensadores, no sin disrupciones y “vueltas de tuerca”, fueron a la vez hombres de ciencia y de partido, y bregaron incansablemente por el principio que sostiene la independencia de clase de los trabajadores hegemonizando la alianza con los demás sectores sociales subalternos. Cerraremos con unas breves conclusiones con vistas a la actualidad. Dejamos afuera deliberadamente aquellas cartas que luego conformaron casi un corpus propio, como las relacionadas con los heroicos días de la Comuna de París.<sup>1</sup>

## I. Dialéctica y materialismo histórico. Contra el materialismo vulgar y el idealismo

La adquisición del método dialéctico no se logra sin esfuerzo, y *tampoco* garantiza la elaboración de una política correcta (las relaciones entre ésta y la filosofía no son lineales en absoluto). Sin embargo, ignorar la dialéctica dificulta en grado sumo, o impide, un buen análisis político concreto. No por casualidad todos los revisionismos del marxismo abjuraron de ella para recaer en un cientificismo de cuño positivista (desde Bernstein hasta Althusser). Marx contaba cómo el estudio de la filosofía en general y la hegeliana en particular le “abrió la cabeza”. Cuando estudiaba derecho y luego “cambió” éste por el doctorado de Filosofía en la Alemania de su época, la lucha de las distintas corrientes que se apoyaban en Hegel era muy fuerte.

En una carta a Engels, motivado por la importancia del estudio de la dialéctica y del valor que ésta tiene para todo trabajador (y ni que hablar dirigente o cuadro político socialista), escribía:

“En el *método* del tratamiento, el hecho de que por mero accidente volviese a hojear la *Lógica* de Hegel me ha sido de gran utilidad (...) Si alguna vez llegara a haber tiempo para un trabajo tal, me gustaría muchísimo hacer accesible a la inteligencia humana común, en dos o tres pliegos de imprenta, lo que es *racional* en el método que descubrió Hegel, pero que al mismo tiempo está envuelto en *misticismo*” (Marx a Engels, 14-1-1858).

Decía un viejo marxista italiano parafraseando el refrán popular: “Dime cómo ves la relación Marx-Hegel y te diré qué buen marxista (o no) eres”. Esto entronca perfectamente con lo señalado por el viejo Engels en cuanto a que el

1. En el marco de la guerra franco prusiana (1870/1) y ante el inminente ataque alemán, los obreros de París decidieron resistir y por algo más de cuarenta días, tomaron el control del gobierno parisino. Una institución nace allí: la Comuna, que al decir de los fundadores del materialismo histórico “fue el primer gobierno obrero de la historia”. Marx y Engels, como dirigentes de la Internacional, apoyaron decididamente e intentaron a la distancia intervenir en dicho proceso (sin por eso ocultar sus críticas), lo que, por otro lado, confirma una de las hipótesis de nuestro trabajo.

proletariado es el heredero de la filosofía clásica alemana. Claro está que una vez establecida esa relación, Marx hacía hincapié en los vicios “idealistas” (*misticismo*) en los que Hegel caía. El enorme mérito del autor de la “Gran Lógica”, haber introducido la historia en la filosofía, conllevaba el problema de que para explicar aquélla, hipostasiaba (absolutizaba) el concepto y todo parecía prefijado de antemano, como un *a priori* constante, donde lo que se “movía” eran las ideas (categorías) que a su vez “creaban” la realidad. Un hegeliano muy rústico, Proudhon, llevó este rasgo de Hegel a una especie de caricatura, lo que movió a Marx a responderle con un trabajo demoledor (*Miseria de la filosofía*). Pero en este caso citaremos su correspondencia, y sobre el particular hay una carta clave que el autor del *Manifiesto* escribió para referirse a este tema. Leemos:

“El señor Proudhon ha comprendido muy bien el hecho de que los hombres producen vestidos, ropa blanca, sedas; ¡y qué gran mérito el haber comprendido esta poquita cosa! Lo que no ha entendido este hombre, de acuerdo con sus fuerzas, es que también producen las *relaciones sociales* en cuyo seno confeccionan los vestidos y la ropa blanca. Y menos aún ha comprendido que los hombres, que conforman sus relaciones sociales de acuerdo con su método material de producción, también conforman *ideas y categorías*, es decir, la expresión abstracta, ideal, de esas mismas relaciones sociales. Así, las categorías no son más eternas que las relaciones que ellas expresan. Son productos históricos y transitorios. Para el señor Proudhon, por el contrario, las abstracciones y las categorías son la causa primordial. De acuerdo con él, son ellas y no los hombres quienes hacen la historia. La abstracción, la categoría como tal – esto es, separada de los hombres y de sus actividades materiales– es desde luego inmortal, inmóvil, incambiable, es sólo una forma de ser de la razón pura; lo que es únicamente otra manera de decir que la abstracción como tal es abstracta. ¡Admirable tautología!” (Marx a Annenkov, 28-12-1846).

En la correspondencia con Engels hallamos más aseveraciones en la misma dirección. Veamos ésta:

“Cada palabra [en Proudhon. GP] es un desatino, pero declamado con notable presuntuosidad. Aprenderá a sus expensas que llevar una ciencia mediante la crítica al punto en que pueda ser expuesta dialécticamente es una cosa enteramente distinta de aplicar un sistema lógico abstracto, de confección, a vagas nociones de ese mismo sistema” (Marx a Engels, 1-2-1858). “La ideologización lo invade todo y el método dialéctico está *falsamente* aplicado. Hegel nunca llamó dialéctica a la inclusión de una masa de ‘casos’ en un principio general” (Marx a Engels, 9-12-1861).

Como se ha señalado desde nuestra corriente en más de una oportunidad, es allí que Marx sienta las bases del materialismo histórico, polemizando contra la utilización de las categorías en forma “lógica”, es decir, metafísica. En verdad, las categorías responden a determinada relación social: son dialécticas, “histórico-temporales”. Aspecto que vio muy bien Trotsky cuando criticaba a algunos de sus compañeros de la Oposición de Izquierda en los años 20, vicio

que, lamentablemente, repite gran parte del trotskismo actual: mantener una categoría como si fuese eterna y sobrevolara tiempo y espacio.

Algo de lo cual Marx siempre partía en sus análisis (analizar es abstraer, tomar una parte del conjunto) es tener presente implícitamente la totalidad. “Lo verdadero es el todo”, escribía su maestro Hegel. Claro está que esa totalidad no es cerrada e inerte. Como recordaba el propio Marx, en todos los conjuntos orgánicos ocurre siempre que entre los diferentes momentos tiene lugar una acción recíproca de sus diversos elementos constitutivos. Ejemplo de totalidad cerrada era la utilizada por el positivismo, que supo tener mucho peso en la segunda mitad del siglo XIX, precisamente cuando la dialéctica hegeliana era apartada como “perro muerto” tanto en los claustros académicos como, lo que es más importante, en los nacientes partidos obreros europeos e incluso en América Latina, como el argentino o el peruano. Al respecto, Marx señalaba:

“Paralelamente, estoy estudiando a Comte, debido a que los ingleses y franceses hacen tanto barullo con este tipo. Lo que admiran en él es el toque enciclopédico, la síntesis. Pero es minúsculo comparado con Hegel. (Si bien Comte, como matemático y físico profesional, es superior en cuestiones de detalle, Hegel es infinitamente superior en el conjunto). ¡Y esta carroña positivista apareció en 1832!” (Marx a Engels, 7-7-1866).

Precisamente el estudio de la dialéctica le permitirá redondear el primer volumen de *El capital*, el único publicado en vida, pues ese estudio le proveerá el instrumental necesario para ello: totalidades abiertas, la premisa de elevarse de lo simple a lo complejo, ir de lo abstracto a lo concreto.<sup>2</sup> La redacción de esa obra (varias veces corregida, la primera edición será la de 1867 y la definitiva seis años después) que él consideraba en cuanto a su forma “un todo artístico”, es un claro ejemplo de lo que decimos; por eso para la economía burguesa, ortodoxa, heterodoxa y ni hablar de la neoclásica o vulgar, *El capital* es pura “metafísica”, y la ley del valor o la existencia de la plusvalía, “entelequias indemostrables de cuño hegeliano”. En cambio, para su autor:

“Los mejores puntos de mi libro son: 1) *el doble carácter del trabajo*, según que sea expresado en valor de uso o en valor de cambio (toda la comprensión de los hechos depende de esto, se subraya de inmediato en el primer capítulo), 2) el tratamiento de la plusvalía *independientemente de sus formas particulares*: beneficio, interés, renta del suelo, etc.” (Marx a Engels, 24-8-1867).

Recordemos que ya la economía política clásica (ciencia que Marx estudió en profundidad, justamente para poder criticarla con propiedad) había reducido el valor a trabajo socialmente necesario, objetivado, tomando solamente su aspecto *cuantitativo*. Él dará una vuelta de tuerca a esto y subrayará que así como la mercancía tiene valor de uso y valor (de cambio), el trabajo tiene dos determinaciones: en tanto generador de valores de uso, todos los trabajos son

2. Es conocida, y muy gráfica, la frase de Lenin (que estudió a Hegel en Suiza a mediados del siglo pasado) en cuanto a que ningún marxista había entendido a fondo *El capital* si ignoraba la *Lógica* hegeliana, y que *El capital* era la *Lógica* que Marx se había propuesto redactar y no pudo llevar a cabo.

*concretos* (reúnen múltiples particularidades, habilidades, etcétera), pero como generadores de valor, todos se igualan en cuanto gasto humano de energía.

Esto es lo que caracteriza a la sociedad capitalista. Desde el paleolítico, los seres humanos deben trabajar para vivir (luego sobrevivir), pero sólo en este tipo de sociedad aparece su determinación *abstracta*, su aspecto *cualitativo*. Algo que los economistas burgueses jamás se preguntaron, con lo cual eternizaban esta forma de trabajar y la sociedad que la consagra. Para millones de trabajadores, hoy el empleo resulta "simple gasto de energía", trabajo "alienado" (pesada carga llena de monotonía y embrutecido bajo la exigencia de la producción, dicho con palabras más simples) que sólo les produce un ingreso.

El economista burgués, tanto el de la época de Marx como el actual, ignora (y/u oculta) olímpicamente todo esto, al igual que el origen de la plusvalía, que ingenuamente atribuye a la "viveza" de vender más caro lo que se compró más barato. Visualizar que el origen de esto es la extracción de más valor en el terreno de la producción para luego realizarse en la circulación es un sobre bajo siete sellos para éste. Pero además de su interés de clase, la falta de dialéctica de la que adolece no es un dato menor para comprender esa ignorancia. En otra carta, Marx aseveraba: "Y entonces el economista vulgar cree haber hecho un gran descubrimiento cuando proclama con orgullo, en lugar de revelar la interconexión, que en apariencia las cosas parecen diferentes. En realidad, alardea de que se atiene a la apariencia y la toma por la última palabra. Siendo así, ¿por qué debería haber ciencia? Cuando se comprende la conexión entre las cosas, toda creencia teórica en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba antes de su colapso práctico. En este caso, por consiguiente, está en el interés de las clases dominantes perpetuar esta huera confusión" (Marx a Kugelman, 11-7-1868).

Ya fallecido Marx, Engels mantiene una correspondencia casi habitual con dirigentes de los partidos socialistas que se van creando en Europa occidental: el alemán, el italiano, el francés y con dirigentes marxistas de la parte oriental. En ella hay algunas cartas donde el viejo amigo de Marx incursiona en el terreno de la dialéctica y el materialismo histórico. Es importante reivindicar su figura, pues ha sufrido (en especial desde cierta academia) ataques furibundos (e injustos) en cuanto a que había "infectado al marxismo de positivismo" y traspolado mecánicamente las leyes de la naturaleza al ámbito de lo social, cayendo así en un determinismo dogmático. Pensamos que la atenta lectura de su obra desmiente esas acusaciones (haciendo la salvedad de que ciertos sesgos positivistas, inevitables por la época incluso, se pueden encontrar no sólo en Engels sino también en el propio Marx). Tomemos dos ejemplos de lo que decimos:

"Si bien la forma material de la existencia es el *primum agens* (causa primera), esto no excluye que los demás dominios ideales vuelvan a actuar a su vez sobre ella, aun cuando con efecto secundario... Y la concepción materialista de la historia también tiene un montón de amigos a quienes les sirve de excusa para no estudiar historia. Diré lo mismo que acostumbraba a decir Marx a propósito de los 'marxistas' franceses de fines de los 70: 'Todo lo que sé es que yo no soy marxista'" (Engels a Konrad Schmidt, 5-8-1890).

O más claro aún:

“Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia que la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios, que lo negaban, y no siempre tuvimos tiempo, lugar ni oportunidad de hacer justicia a los demás elementos que participan en la interacción. Pero cuando se trata de presentar un trozo de la historia, esto es, de una aplicación práctica, el problema es diferente y no hay error posible. Sin embargo, desgraciadamente sucede demasiado a menudo que la gente cree haber comprendido perfectamente una teoría y cree poder aplicarla desde el momento en que ha asimilado sus principios fundamentales, y aun éstos no siempre correctamente. *Y no puedo librar de este reproche a muchos de los más recientes ‘marxistas’, porque también de este lado han salido las basuras más asombrosas*” (subrayados nuestros) (Engels a Bloch, 21-9-1890).

En el mejor estilo socialista revolucionario, Engels no se anda con vueltas ni cae en una diplomacia hipócrita. En otro rasgo característico, asume ciertos errores o “torcimientos de vara”, como diría Lenin, pero al mismo tiempo marca bien las limitaciones e incomprensiones aun de quienes se dicen marxistas. Desde el plano de la filosofía de la historia y la dialéctica, enseguida veremos esto trasladado al marco de la política y nos volveremos a encontrar con juicios semejantes.

## II. Contra los arrogantes anarquistas y socialistas estatistas

Muchas veces hemos escuchado el lamento, en algunos casos sincero, de honestos militantes o simpatizantes de la izquierda, en relación a que ésta “siempre está dividida”. Marx y Engels dedican la tercera parte del *Manifiesto Comunista* a delimitarse de los otros socialismos existentes, marcando de hecho una “división de la izquierda”. Hasta podríamos decir –no seremos los primeros– que las obras marxistas son obras de polémica contra adversarios políticos, filosóficos y económicos. Ante los sucesos de la llamada revolución (abortada) alemana de 1848/9, se suceden las disputas internas entre los integrantes de las distintas ligas socialistas existentes. Veamos lo que escribía Marx en una parte del balance de lo acaecido:

“[Karl Grün] ha asumido, naturalmente, una actitud arrogante, probando, mediante el primer documento, la impotencia material, y mediante el segundo, la impotencia ‘espiritual’ del partido. Desde luego, no faltan frases iluminadas y en extremo ‘anarquistas’: ¡Todo ha de hacerse desde arriba! ¡Un Estado policial! ¡Aquellos cuyas opiniones difieren deben ser formalmente excomulgados y excluidos! *Mon dieu!* ¡Esto es más de lo que uno pueda aguantar!” (Marx a Engels, 13-7-1851).

Cuando uno rastrea la correspondencia de los creadores del materialismo histórico, constatará que tienen que luchar para imponer la línea del partido nacional a construir, como luego en la internacional, con adversarios a izquierda y derecha. Es decir, contra aquellas corrientes anarquistas que acusan a

Marx de “estatista” por su defensa de la dictadura del proletariado como necesaria etapa de transición (lo que luego Lenin llamaría un “semi estado” comandado por los trabajadores hegemонizando a los demás sectores subalternos) y contra aquéllos que contrariamente, opinan que el socialismo puede “imponerse desde arriba con la ayuda del Estado”. Curiosamente, también observamos cómo los irrita cierto método de exposición y polémica que sus rivales tienen: ostentoso, pedante, pretencioso. Ferdinand Lasalle, uno de los fundadores de la Asociación General de Trabajadores Alemanes en 1863, fue un perfecto estereotipo de lo que acabamos de señalar. Según Marx:

“Después está su insistencia [de Lasalle] en tener siempre razón, su inmovible adhesión a la ‘concepción especulativa’ (el muchacho sueña incluso con escribir una nueva filosofía hegeliana elevada a la segunda potencia), su infección de viejo liberalismo francés, su estilo ampuloso, su petulancia, su falta de tacto, etc.” (Marx a Engels, 7-5-1861).

En el fondo, lo que subyace es el total desprecio de Lasalle a la capacidad de autodeterminación que la clase obrera pueda desarrollar, lo que obliga entonces al “educador sermoneador” que la instruya y le impida toda crítica (no por casualidad más de un marxista comparó al alemán con Stalin, aunque el primero tenía al menos atisbos de preparación filosófica de los que carecía el georgiano), conformando de esa manera una organización totalmente verticalista, donde los obreros no discuten ni *deciden* absolutamente nada:

“[Lasalle] asume desde ahora la actitud de un dictador obrero, despararrando con aires de importancia frases que ha tomado de nosotros. Resuelve la cuestión del trabajo asalariado y el capital como si fuera, literalmente, un juego de niños. A saber: los obreros deben hacer agitación a favor del *sufragio universal* y enviar luego a la Cámara de Representantes hombres como él, armados de la refulgente espada de la ciencia. Entonces ellos establecerán fábricas obreras para las cuales el *Estado* adelantará el capital, y muy pronto esas instituciones abarcarán todo el país. ¡Sea como fuere, esto es sorprendentemente nuevo!” (Marx a Engels, 9-4-1863). Y poco después: “Lasalle me ha enviado (y quizá también a ti) su discurso en el foro sobre el *impuesto indirecto*. Contiene algunas cosas buenas, pero, en primer lugar, está escrito en un estilo insoportablemente pretencioso y locuaz, con los aires cultistas y pomposos más ridículos. Además, es en esencia la compilación de un ‘discípulo’ que se desespera por alardear de ‘hombre completamente culto’ que emprende una investigación independiente” (Marx a Engels, 12-6-1863).

En algo típico del siglo XIX, Lasalle muere en un duelo, lo que muestra también cierto “clima de época” de la Alemania de ese momento. Su fallecimiento no hace olvidar a Marx y Engels sus críticas, que el tono sentido y medido no disimula:

“Para nosotros era por el momento un amigo muy inseguro, y en el futuro habría sido casi seguramente un enemigo, pero de todas maneras duele ver cómo Alemania arruina por entero a cualquiera que tenga algún grado de capacidad” (Engels a Marx, 4-9-1864). “La desgracia de Lasalle ha rondado estos días horriblemente por mi cabeza. Después de todo seguía siendo de la vieja guardia y enemigo de nuestros enemigos” (Marx a Engels, 7-9-1864).

Las llamadas corrientes libertarias, que sin embargo no carecieron de líderes omnipotentes a los cuales también difícilmente se les podía discutir algo<sup>3</sup>, tuvieron entre otros en la figura de Proudhon (ya mencionado en el capítulo anterior) a un exponente de sus vicios más significativos. Veamos:

“Proudhon tenía una inclinación natural hacia la dialéctica. Pero, como nunca comprendió realmente la dialéctica *científica*, jamás fue más allá de la sofistería. En realidad, ésta iba junto con su punto de vista pequeñoburgués. Como el historiador Raumer, el pequeño burgués está compuesto de Por Una Parte y Por Otra Parte. Esto es así en sus intereses económicos y por consiguiente en su política, en sus opiniones científicas, religiosas y artísticas. Así es en su moral, en todo. Es una contradicción viviente. Si, como Proudhon, es además un hombre dotado, pronto aprenderá a jugar con sus propias contradicciones y a desarrollarlas, según las circunstancias, en paradojas ora asombrosas y ostentosas, ora escandalosas o brillantes. *El charlatanismo en la ciencia y el acomodo en la política son inseparables de un punto de vista como éste*. Sólo queda un motivo central, la *vanidad* del sujeto, y para él, como para toda la gente vana, la única cuestión es el éxito momentáneo, la atención del día. Así, el simple sentido moral que siempre mantuvo a un Rousseau, por ejemplo, lejos de siquiera un parecido al compromiso con los poderes existentes, se extingue necesariamente” (Marx a Engels, 7-7-1866, subrayados nuestros).

Decíamos más arriba que el marxismo tuvo adversarios a izquierda y derecha. En verdad, los anarquistas, que decían ubicarse en el primer segmento, demostraban también, como diría Trotsky casi un siglo después, en relación con la corriente libertaria española, que el ultraizquierdismo es la otra cara del oportunismo. Marx y Engels dieron una fuerte batalla dentro de la Internacional contra su política (consultar el breve trabajo de este último llamado *Sobre la autoridad*). Por ejemplo:

“La ‘igualación de las clases’ [defendida por Bakunin. GP] literalmente interpretada no es sino otra forma de expresión de la ‘armonía del capital y el trabajo’ predicada por los socialistas burgueses. El objetivo final de la Asociación Internacional de los Trabajadores no es la ‘igualación de las clases’, lógicamente imposible, sino la ‘supresión de las clases’ históricamente” (Marx a Engels, 5-3-1869).

Nos parece pertinente cerrar este apartado volviendo a la crítica a los socialistas “estadistas” del siglo XIX, de los cuales, como vimos, Lasalle fue su máximo exponente. Lo hacemos fundamentalmente por dos motivos: el primero, porque fue la “forma” que los denominados socialismos reales llevaron a cabo en el siglo pasado, y segundo, porque les permite a Marx y Engels alejarse y condenar a los “políticos realistas” y su pragmatismo “sensato”, perfecto puente para arribar a nuestro último capítulo:

“Ante todo expondré brevemente mi actitud para con Lasalle. Durante su agitación se suspendieron las relaciones con nosotros: 1) debido a sus fanfa-

3. Para un desarrollo más extenso de este tema, aconsejamos el trabajo *Las dos almas del socialismo* de Hal Draper.



rronadas y jactancias, a las que agregaba el más desvergonzado plagio de mis escritos, etc., 2) *debido a que condené su táctica política*, 3) debido a que, aun *antes* de empezar su agitación, le expliqué y ‘demostré’ por completo aquí, en este país, que la acción socialista directa por el ‘Estado de Prusia’ era un disparate (...) Pero pronto se evidenció –las pruebas cayeron en nuestras manos– que Lasalle había *traicionado* efectivamente al partido. Había entrado en un compromiso formal con Bismarck (...) *Lasalle se descarriló porque es un Realpolítiker* [político “realista”, oportunista] (...). Por otra parte, los obreros alemanes estaban demasiado ‘corrompidos’ por la despreciable ‘política práctica’, que había inducido a la burguesía alemana a tolerar la reacción de 1849-1859 y el embotamiento del pueblo, como para no saludar con alborozo a un salvador curandero como éste, que les prometía llevarlos de un salto a la tierra prometida” (Marx a Kugelmann, 23-2-1865, subrayados nuestros).

### III. Hombres de ciencia y de partido. Independencia de clase como principio irrenunciable

En los ámbitos universitarios, tanto latinoamericanos como europeos (algo que no debería llamarnos la atención), la figura de Marx es vista como la de un científico respetable, muy cómodo con su supuesto divorcio de toda actividad partidaria, un pensador “solitario” al que en política le “gustaba estar en minoría”. Acá se confunde a sabiendas, como lo expresó Marx en más de una oportunidad, que si debía hallarse en minoría dentro de una organización o ésta era inferior en número al resto de la izquierda revolucionaria existente, no le disgustaba “nadar contra la corriente” y combatir férreamente por la que consideraba la estrategia correcta. En la Argentina, intelectuales como Horacio Tarcus y Juan José Sebrelli, entre otros, sostienen desde hace décadas esa caracterización de un Marx *sólo* “cientista social” y muy antipartido. El repaso de la correspondencia desmiente esa aseveración. Veremos este aspecto con más profundidad.

Decíamos al final del apartado anterior que Marx y Engels criticaron duramente hasta los últimos días de sus vidas la adaptación a la *Realpolitik* por considerarla un oportunismo desvergonzado. Tampoco oficiaron éstos, pese a haber escrito para la prensa burguesa y cobrar por ello, de estadistas, administradores y/o “consejeros” del estado burgués. Salvando las distancias enormes que median entre los personajes, algo opuesto por el vértice a lo que en la actualidad hacen Felipe González, Lula da Silva, Fernando Cardoso, Daniel Cohn-Bendit, etc. Ya desde las famosas *Tesis sobre Feuerbach*, Marx advertía que la escisión de teoría y práctica lleva a unilateralidades y desviaciones peligrosas. Como dijo Labriola y retomó Gramsci, siendo fieles a dichas tesis, al ser una superación del materialismo y el idealismo, el marxismo es una *filosofía de la praxis*. Teoría y práctica, economía y política, lo objetivo y lo subjetivo, clase y organización son algunos de los polos inseparables que conforman una totalidad.

Por ejemplo, en las actividades que llevaron a cabo dentro de la Primera Internacional, Marx y Engels se proponían inducir a los sindicatos a superar su limitación económica y su estrechez corporativa, y los instaban sin cesar a construir su propio partido político independiente y a dejar de actuar como apéndice del Partido Liberal, superando así la división capitalista entre la esfera de la economía y la esfera de la política, con el propósito de elevar lo sindical al terreno de lo político. No menos intensa fue la delimitación frente a quienes, con mucha voluntad y no poco heroísmo, sustituían a la clase trabajadora y en forma aventurera se lanzaban a acciones no sólo inconsultas sino con total desprecio del más mínimo análisis de las condiciones objetivas sobre las cuales pretendían actuar. Ya en el temprano 1850, en un intercambio epistolar con la Liga de los Comunistas, expresaban:

“La minoría reemplaza el punto de vista de la crítica por el dogmatismo, y el materialismo por el idealismo. Considera a la *voluntad pura* como la fuerza motriz de la revolución, en lugar de las condiciones reales. En tanto que nosotros les decimos a los obreros: ‘Vosotros tendréis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y guerras nacionales, no meramente para cambiar vuestras condiciones, sino a fin de cambiaros vosotros mismos y volver aptos para el poder político’. Ustedes, en cambio, les dicen: ‘Debemos obtener el poder de inmediato, de lo contrario podemos acostarnos e irnos a dormir’. En tanto que nosotros les señalamos a los obreros alemanes especialmente la naturaleza poco desarrollada del proletariado alemán, ustedes adulan en la forma más cruda los sentimientos nacionales y los prejuicios artesanales de los artesanos alemanes, lo que es desde luego más popular. Del mismo modo que los demócratas tornaran la palabra ‘pueblo’ en un ser sagrado, ustedes lo han hecho con la palabra ‘proletariado’. Igual que los demócratas, ustedes sustituyen el proceso revolucionario por frases revolucionarias” (Marx como integrante del Comité Central de Londres de la Liga de los Comunistas, minuta del 15-9-1850).

Esa desviación “voluntarista” parecía ser importante dentro de la sección alemana, lo que obligó a Marx a redoblar su crítica. En una carta a Engels le señala: “En todo caso, es preciso que se les explique exactamente, desde el punto de vista militar, lo que puede y lo que no puede hacerse. Les he dicho, desde luego, que *si las circunstancias lo permitieran* iríamos a reunirnos con los obreros renanos (...) que después de un tiempo debieran enviar nuevamente a alguien a Londres y que no deben hacer *nada* sin previo acuerdo” (Marx a Engels, 5-3-1856).

Ya creada la Internacional, su pasión por la intervención política de las aún pequeñas organizaciones con una política clara de independencia de clase es palpable. En una carta subida de tono, Marx afirma: “Pero como no soy un *Realpolitiker*, he hallado necesario romper toda relación con el *Social Demokrat* en una declaración pública firmada por mí y por Engels (...). Prefiero cien veces mi agitación aquí, a través de la Asociación Internacional. Su influencia sobre el proletariado inglés es directa y de la mayor importancia. Ahora estamos produciendo aquí un revuelo por el asunto del sufragio general,

que desde luego, tiene aquí un significado completamente distinto del que tiene en París (...). Sólo en Alemania, naturalmente, se me oponen los sucesores de Lasalle, en primer lugar porque tienen conciencia de mi aversión a lo que los alemanes llaman *Realpolitik*" (Marx a Engels, 7-9-1864).

Pese a las críticas, que las habrá y no menores, a la clase obrera inglesa (Marx y Engels estaban totalmente alejados de toda demagogia populista), Marx escribe: "Las manifestaciones obreras en Londres, maravillosas comparadas con todo lo que hemos visto en Inglaterra desde 1849, son puramente obra de la Internacional. Esto muestra la diferencia entre *trabajar* detrás de las bambalinas sin aparecer en público, y el estilo de los demócratas, de hacerse los importantes en público y no hacer nada" (Marx a Engels, 24-8-1867).

Ese Marx "político partidario" no expresa un compartimento estanco de su personalidad. Al mismo tiempo, termina de ordenar y mandar a la imprenta el primer tomo de su ambicioso proyecto de una crítica a la economía política, lo que lo obliga a estudiar filosofía (ya habíamos comentado su relectura de Hegel), como así también conocer a los nuevos científicos y sus epígonos que hacen furor en Europa. Prestemos atención a esta carta:

"Y de paso, permítame hacer la observación de que, *como hombre de partido*, mi actitud hacia la filosofía de Comte es enteramente hostil, mientras que *como hombre de ciencia* tengo de ella una opinión muy pobre..." (Marx a Beesly, 12-6-1871, subrayados nuestros).

En 1875, la fusión de las corrientes socialistas alemanas provocó la creación de la socialdemocracia. Ya en ese mismo año, Marx polemizó duramente con el programa que consagró dicha unión, en su *Crítica al Programa de Gotha*. Junto a Engels y otros compañeros que seguían su línea política, mantiene una larga correspondencia con la dirección del partido, en la que además de criticarlo, desmontan punto por punto las acusaciones que ésta les hacía. Esta carta no tiene desperdicio:

"El reproche particular es que *rebajó* [la línea de Marx. GP] al lasalleísmo, que se toma aquí como movimiento burgués democrático filantrópico, a una lucha unilateral a favor de los intereses de los obreros industriales, *rebajando* su carácter al de una lucha de clases de los obreros industriales contra la burguesía. Se le reprocha además su 'rechazo de la democracia burguesa' (...) En resumen, la clase obrera es incapaz de lograr por sí misma su propia emancipación. Para lograrla debe ponerse bajo la dirección de burgueses 'cultos y pudientes', los únicos que poseen 'el tiempo y las oportunidades' para informarse de lo que es bueno para los obreros. Y en segundo lugar, no hay que combatir de ningún modo a la burguesía, sino que hay que ganarla mediante una enérgica propaganda. Pero si se quiere ganar a las capas superiores de la sociedad, o únicamente a sus elementos bien dispuestos, a ningún precio debemos asustarlos (...) No hay que *abandonar* el programa, sino únicamente *postergarlo*... para las calendas griegas. Entretanto, uno dedica 'toda la fuerza y la energía' a toda clase de bagatelas y a remendar el orden social capitalista, para tener por lo menos la apariencia de que se hace algo sin amedrentar al mismo tiempo a la burguesía (...). Aquí son los representantes de la pequeña burguesía los que se presentan,

lentos de temor de que el proletariado, bajo la presión de su posición revolucionaria, pueda 'ir demasiado lejos'. En lugar de resuelta oposición política, espíritu general de conciliación; en lugar de lucha contra el gobierno y la burguesía, tentativas de ganarlos y persuadirlos; en lugar de desafiante resistencia a la persecución de arriba, humilde sumisión y confesión de que el castigo era merecido" (Marx y Engels a Bebel, Bracke y otros, 18-9-1879).

Deberían tomar nota todas las direcciones de la izquierda revolucionaria: Marx rechazaba la democracia burguesa (y siempre la denominaba así), pues proponía superarla con una democracia de tipo superior, si bien estaba de acuerdo en participar de las elecciones y llegar al parlamento (entre otras cosas, para denunciar su inoperancia y alertar que las medidas "sociales" no se implantarían si no eran acompañadas con la movilización), lo que lo alejaba de todo anarquismo ultraizquierdista. Esa táctica no lo obligaba a abandonar el programa (la forma en que se presenta éste es otra cosa) ni a "lavar" la intervención para no "espantar" a los votantes. Y esta interpretación de la carta no es forzada: en la correspondencia con la dirección del SPD, la recurrencia de las críticas señaladas es permanente.

Queremos finalizar haciendo hincapié en algo ya señalado al comenzar el trabajo: la revalorización de Engels. Su aporte a la doctrina socialista y su comprensión de la dialéctica hegeliana así lo ameritan. Además del conocimiento vasto que tenía de la historia universal (algo que sus propios detractores le reconocen), la utilización de las categorías de análisis al caracterizar una coyuntura política determinada es notable. Como ya mencionamos, hay una correspondencia muy rica sobre estos temas (en especial luego de la muerte de su compañero), donde, como un "hilo rojo", la estigmatización de todo reduccionismo recorre sus escritos. Veamos la siguiente reflexión:

"El Estado, por ejemplo, ejerce una influencia mediante los aranceles proteccionistas, la libertad de comercio, un sistema financiero bueno o malo e incluso la inanición e impotencia mortales del pequeño burgués alemán, que proviene de la miserable situación económica de Alemania de 1640 a 1830, y que se manifiestan en el pietismo, primero, y luego en el sentimentalismo y en el abyecto servilismo para con los príncipes y la nobleza, que no dejaron de reflejarse en la economía" (Engels a Starkenburg, 25-1-1894).

Lo anterior, magnífico ejemplo de interacción entre los distintos elementos de un "conjunto orgánico", tiene como presupuesto la existencia "objetiva" de la ley del valor en la esfera de la economía, que en el ejemplo citado (algo que ignoran y/o rechazan los heterodoxos keynesianos, regulacionistas y otras yerbas) pone límites precisos a la acción real del Estado. Pero también lo lleva a precisar bien qué se entiende por "leyes", y distinguir asimismo cuando éstas son mecánico-naturales de las que se manifiestan en el terreno social:

"Ambos, el concepto de una cosa y su realidad, son como dos asíntotas, aproximándose constantemente sin encontrarse nunca (...) Si fuésemos a exigir que la tasa de beneficio fuese exactamente igual en todos los negocios y en todos los años hasta la centésima cifra decimal, con peligro de verla reducida a ficción, entenderíamos pésimamente la naturaleza de la tasa de beneficio y

de las leyes económicas en general, pues ninguna de ellas tiene realidad si no es como aproximación, tendencia, promedio, y no como realidad *inmediata*. Esto se debe en parte a que su acción es contrarrestada por la acción simultánea de otras leyes, pero por otra parte por su naturaleza como concepto" (Engels a Schmidt, 14-1-1895, subrayados nuestros).

Una caracterización central de nuestra corriente es señalar los déficits políticos de las rebeliones que comenzaron en los albores del nuevo siglo. En América del Sur, pasando por la primavera árabe y culminando en Europa (cada una de éstas con sus respectivas especificidades), esa limitación política fue clave para que no deviniesen revoluciones concientes. Por el contrario, en algunas áreas (como Egipto y Siria) esos procesos quedaron empantanados en el marco de regímenes retrógrados y represivos.

En ese marco, recuperar la tradición y las enseñanzas del marxismo apuntan a ir cerrando esa deficiencia. Las nuevas generaciones que se foguean en la lucha de clases, núcleo central de su experiencia y aprendizaje, hallarán en ese rico acervo las herramientas políticas necesarias para poder empezar a superar el estado de cosas existente en el camino de una sociedad realmente humana, ésa que Marx y Engels denominaron socialismo.





